

EKHÓ

*La buena memoria olvida el pensamiento que amenaza
por ecos sutiles proclives a repetir(se).*

Ekhó vive diáfana tras cada roca talud de acantilado. Baja al Confital desde Guayedra y montaña Faneque, dejando tras de sí un hilo blanco de retardo. Ulula la brisa y modula su espalda en las fallas escarpadas. Durante el día pace en los granos de arena; envuelve el nácar de las caracolas y margulla las ondas del agua. De noche, duerme despierta al lado de las sombras dejadas por las piedras. Aguarda, punzante y rasa, al aire. Ajena a lo ajeno. Segura de ser seguro acontecimiento.

Se hizo ninfa montañosa al abrigo de Pan, Ariadna, Cloto y Andrómeda. Aprendió pronto su esencia con solo escuchar el desprendimiento de las rocas cayendo en escarpada. De niña, jugaba al escondite con la brisa marina, los huecos xilófonos y los escarpes asonantes. Tam-taba los palos en el tronco de los árboles y rechinaba las piedras con golpes secos que, de seguido, hacían temblar las palmas de las manos. De adolescente, subía sin miedo a las crestas más altas; cerraba los ojos y lanzaba con fuerza los sonidos al viento para tronarlos en la brisa. Gozaba viendo rebotar las vocales monosílabas por los riscos hasta el raso de orillas mareales. Luego buscaba en las cuevas restos de sonoridades recónditas y misteriosas.

Cantaba sus tonos y, tras mentarlos, guardaba las notas exactas en un zurrón partiturado.

Ekhó se aparecía invisible a los caminantes. Miraba en su interior y el halo externo y, trenzando amor, humor y rumor, tricotaba un sonido-pensamiento. Tenía el don de mentar palabras nunca nombradas, y siempre hallaba el tono preciso de trasfondo. De fallarle la memoria (bastante inusual) buscaba una escala homónima en su zurrón de sonidos partitura. Si la vibración era extraña o demasiado rápida, acercaba el oído al hilo blanco que une el Confital con punta Faneque. Tensaba entonces la cuerda colgante y respondía al caminante con un arpegio.

Al cabo de los años, Ekhó empezó a sentir un raro cansancio. Las sonoridades del viento runruneaban perezosas y no dejaban tonos nuevos dentro de las cuevas. El hueco de las grutas se tornó oquedad. Las palabras se antojaban repetidas y los caminantes tronaban bullicio. Sus voces internas tañían gritos afónicos, sin cesar de chirriar aullidos de escape. Inconscientemente, Ekhó dejó de utilizar silbidos propios y se limitó a emular, sin más, la última palabra de los caminantes o el último sonido que ululara el aire. Pronto se acostumbró a repetir resonancias, sin preocuparle el tono ni el sentido de las reverberaciones.

Ekhó dejó de ser; dejó de estar y fluir atenta a la palabra amable o el sonido armónico. Cansada y cortada en vertical, se hizo Eco hueco repetible; onda mimética, clónica, del último tono espectro, o de lo que quiere escucharse anticipadamente. De murmullo soplo pasó a ser tañido trueno; de sutilidad sonora, resonancia decreciente; de circularidad espiritual, recta desaparición.

El *Eco* se adueñó pronto del tiempo y el espacio. Primero salió del Confital inundando la ínsula, luego transitó al archipiélago, desde sus siete islas amerizó el continente, y fácilmente conquistó los confines de la tierra. La erosión humana había llegado a tal estado de sitio que propiciaba sorderas de ruido repetible. Los tímpanos todólogos, encerados por la prisa, perdieron sensibilidad auditiva; preferían los tonos monocordes a escala esperable. Los caminantes normalizaron entonces no escuchar su espejo. Sólo un parco número de seres sensibles mostraba una pizca de asombro reverberando alguna resonancia sintónica en el eco de las ondas digitales.

El imperio de los Ecos asonantes enjutó pronto a Ekhó hasta hacerla suspiro, pero en lugar de expirar anudó en un ovillo el hilo blanco que colgaba entre el Confital y montaña Faneque. Luego, buscó refugio al socave de un acantilado para vivir mecida bajo el agua. Deshilacha cada día

sus hebras en la espuma del oleaje. Sabe bien las notas partitura borradas al mar y de los pocos caminantes dispuestos a oír antes que escuchar.